



Escena de *Rusalka* en Bellas Artes
Foto: Ana Lourdes Herrera

Rusalka en Bellas Artes

Abril 26. La producción de *Rusalka* que presentó la Compañía Nacional de Ópera esta temporada se estrenó exitosamente en 2011. De hecho, aquella vez fue el estreno absoluto de la ópera en el Palacio de Bellas Artes. La producción se presentó hace unos meses en el Teatro Colón, donde también tuvo una espléndida recepción.

El director de escena es **Enrique Singer**, actual Director de la Compañía Nacional de Teatro. Su concepto sigue muy de cerca la dramaturgia textual y musical de la obra de Antonín Dvořák, aunque tiene al menos tres toques de originalidad. Dos de ellos agregan intenciones positivas a la trama: la orgía de los invitados que se presenta principalmente en segundo plano, durante el aria del segundo acto del espíritu del agua, *Vodník*, acentúa el carácter del mundo del Príncipe; y la presencia de un bailarín que simula una anguila al servir de paje de la bruja, *Ježibaba*, y que representa la tentación de sensualidad. El tercer elemento es más bien negativo, pues tergiversa, en mi opinión, la relación entre la bruja y el espíritu del agua, al salir de escena besándose y enlazados en un pasional beso durante la escena final de la obra.

La escenografía diseñada por **Jorge Ballina** es lujosa y atractiva, y transmite inequívocamente el espíritu de la ópera y el concepto del director de escena. Consiste en plataformas que simulan olas del río, o lago, en el que habitan los seres acuáticos —olas que no fueron muy cómodas para

el desplazamiento de los intérpretes— y, durante el segundo acto, otra plataforma plana cerrada al fondo por la puerta de entrada al palacio del Príncipe y aumentada visualmente al ser dividida por balaustradas en las que se desarrolla el ballet, que se convierte rápidamente en la orgía mencionada.

La iluminación, diseñada por **Víctor Zapatero**, fue perfecta. En mi opinión, fue su mejor trabajo en el Palacio de Bellas Artes; en cambio, el vestuario, diseñado por **Eloise Kazan** causó incomodidad y, en momentos, problemas de movimiento a los intérpretes. Considerado en su conjunto, el concepto escénico fue correcto y visualmente atractivo.

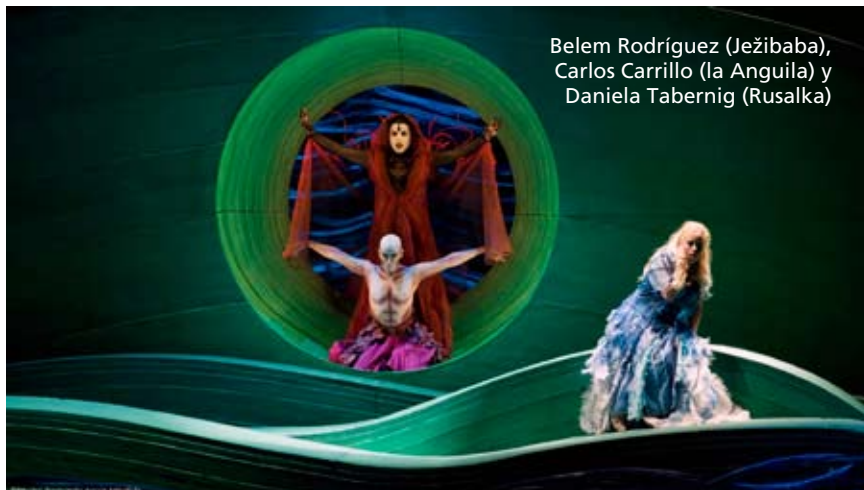
En esta función, la primera de cuatro, hubo varias fallas técnicas, destacando el fuerte ruido que causó un cambio en la posición de las plataformas, y un mal funcionamiento del viaje estelar de la luna en el momento crucial de la aparición del astro.

La actuación dramática de todos los intérpretes no tuvo una sola falla, pese a la incomodidad que pudiesen haber provocado las plataformas ondulantes y el vestuario. Lo que sí fue notable fue el desempeño musical en esta función. Uno de los logros de haber llevado la producción al Colón fue el que se haya capturado a una náyade cuya interpretación fue espléndida. Su número principal, el aria del primer acto ‘*Měsíčku na nebi hlubokém*’ (‘¡Oh, Luna que estás en lo profundo del cielo!’) en la que *Rusalka* pide a la luna que la convierta en un ser humano que pueda ser amado por el Príncipe, tuvo una belleza lírica y musicalidad formidables. La voz de **Daniela Tabernig**, la náyade del Río de la Plata, tiene un timbre hermoso, una potencia de primera magnitud y una afinación que logró mantener durante toda la ópera. Ojalá la volvamos a ver pronto.

El espíritu del agua, padre de las náyades del lago, o río, *Vodník*, fue encomendado a uno de los grandes bajos de la actualidad, **Kristinn Sigmundsson**. De verdad es un privilegio oír a un cantante de la calidad del islandés. Su voz también tiene un timbre hermoso, su manejo de la dinámica es asombroso, como lo fue su entonación a lo largo de la ópera.

El tercer cantante de importación fue el ruso **Khachatur Badalyan**, quien personificó al Príncipe. Es un tenor con buenos agudos, aunque, en mi opinión, tiene una voz genérica que la hizo parecer opaca, dado el contraste con las voces de Tabernig y Sigmundsson. Quien también brilló intensamente fue la *Ježibaba* de **Belem Rodríguez**, mezzosoprano con voz autoritaria y amenazadora, además de bien timbrada y educada con una técnica notable.

Los personajes secundarios fueron bien interpretados por **Lucía Salas**, **Nieves Navarro** y



Belem Rodríguez (Ježibaba),
Carlos Carrillo (la Anguila) y
Daniela Tabernig (Rusalka)

Edurne Goyarzu, tres náyades hermanas de Rusalka, **Antonio Duque**, el guardabosque (en esta producción el mayordomo del Príncipe) **Carla Madrid**, el niño de la cocina y **Edgar Gil**, el cazador. Si **Celia Gómez** logra dominar un vibrato exagerado, podrá interpretar una Princesa extranjera decente en las próximas funciones.

Srba Dinić tuvo la que creo ha sido su mejor interpretación dirigiendo a la Orquesta y Coro del Teatro de Bellas Artes, preparado en esta ocasión por **Carlos Aransay**. Dinić logró una mezcla perfecta del lirismo del gran sinfonista y el gran investigador de música folklórica que fue Dvořák, sin tapar a los cantantes en ningún momento y exigiendo de solistas, coro y orquesta una obediencia total a su batuta. Por cierto, la Orquesta del Teatro de Bellas Artes también tuvo un desempeño excepcional.

Sólo quisiera mencionar algo que me llama la atención de esta ópera. Ninguno de los personajes tiene nombre propio. En la mitología eslava, una *rusalka* puede ser un espíritu femenino, náyade, súcubo o demonio-sirena, que habitaba un río. De acuerdo con muchas tradiciones las *rusalki* eran náyades que vivían en el fondo de los ríos; a medianoche salían a caminar a la ribera para bailar en los médanos. Si veían hombres hermosos, los fascinaban cantando y bailando, y los hipnotizaban para arrastrarlos a su muerte en el fondo del río. Vodník y Ježibaba son, a su vez, nombres genéricos de los duendes de las aguas y de las hechiceras.

La tragedia de Rusalka es desear invertir su carácter de seductora por el de seducida. En resumen, fue una muy buena noche de ópera en Bellas Artes, ojalá siempre fueran así.

por **Luis Gutiérrez Ruvalcaba**

Grato retorno de *Rusalka* a Bellas Artes

El 12 de marzo de 2011 se estrenó en Bellas Artes *Rusalka* (1901), la obra maestra operística de Antonín Dvořák (1841-1904). A pesar de su tardío estreno en México, ya nos estamos mostrando hospitalarios con esta ópera. Producida para el Festival del Centro Histórico de aquel año, ésta de abril de 2018 es la misma producción de 2011, y se repite el mismo equipo escenográfico y de dirección escénica. El elenco, al menos en la parte mexicana, es casi el mismo. La producción se repite, pues, con pequeñas variantes, pero al menos no es otra *Carmen*, ni otra *Butterfly*, ni ningún otro ya insoportable caballito de batalla operístico.

Quizá la más notable característica de la música clásica checa es su poder de evocación poética del paisaje. El libreto de Jaroslav Kvapil (1868-1950), inspirado en cuentos de hadas de Karel Jaromir Erben, Bozena Nemkova y “La Sirenita” de Hans Christian Andersen (1805-1875), da pie para una música de caudalosa poesía, evocación del lejano mar de los checos y de los muy cercanos bosques de Bohemia.

Una ninfa del mar se ha enamorado de un príncipe terrestre y anhela renunciar a su condición para vivir ese amor. Gracias al embrujo de una hechicera y, contra la voluntad de su padre, se humaniza, pero al precio de su habla. Su mudez hace que el príncipe sucumba ante una princesa extranjera y provoqe el regreso amargo de Rusalka al mar,

adonde el príncipe la seguirá sólo para fallecer en sus brazos con un beso de amor, que es también el de la muerte.

La dirección escénica de **Enrique Singer** es irreprochable: detallista, tiene a cada cosa en su lugar; los movimientos escénicos son justos y consiguen un equivalente visual de la fantástica música, ora festiva, luego melancólica, dramática a veces, pero siempre evocativa y lírica. Sólo hubo un momento de falla escénica: al avanzar por el escenario la esfera de la Luna, se bamboleó sin control suficiente. Hay dirección de actores, lo cual ya es bastante. **Jorge Ballina** es, sin duda, el mejor escenógrafo de México y su trabajo aquí es imaginativo, de gran riqueza y esplendor visual, magníficamente apoyado por la iluminación de **Víctor Zapatero**.

El elenco, homogéneo, tuvo en la soprano argentina **Daniela Tabernig** una Rusalka de voz poderosa y tierna a la vez, con canto e interpretación adecuados al personaje. Permanentemente afinada y expresiva, recibió una justa ovación al final de su “Canción a la Luna”, la más bella y esperada página de la ópera. Una excelente contratación: ojalá volvámos a tenerla entre nosotros. El tenor ruso **Khachatur Badalian** cumplió con discreción su compromiso como el príncipe amado: sus buenos agudos no lograban ocultar la opacidad de su timbre. Notable, el bajo islandés **Kristinn Sigmundsson** como Vodník, el Espíritu de las aguas. La mezzo **Belem Rodríguez**, excelente y temible como la bruja Ježibaba. Bien, la soprano **Celia Gómez**, como la princesa extranjera. Voz muy pequeña la de la soprano **Carla Madrid**, como el joven cocinero. Los demás comprimarios —también mexicanos— cumplieron con suficiencia su compromiso: **Lucía Salas**, **Edurne Goyarzu** y **Nieves Navarro** como las tres ninfas acuáticas; **Antonio Duque** como el Guardabosques, **Edgar Gil** como el Cazador y el danzarín **Carlos Carrillo** como la Anguila.

El mayor mérito musical recae en la dirección del serbio **Srba Dinić**, actual director musical de la Orquesta del Teatro de Bellas Artes. Obtuvo de la orquesta la sonoridad sinfónica que Dvořák impuso a la partitura, y acompañó muy bien a los cantantes. Pocas veces habíamos salido tan complacidos por el desempeño orquestal.

En suma, un grato comienzo de la era de **Alonso Escalante** como flamante director artístico de la Ópera de Bellas Artes. Deseamos que su desempeño sea tan brillante como lo fue en el Teatro Bicentenario de León, Guanajuato. ●
por **Vladimiro Rivas Iturralde**